

participante de su omnipotencia concediéndole el poder de hacer milagros; pero para distinguirla aun más entre todos sus santos, otorgóle lo que á muy pocos habrá sido concedido, la transverberación del pecho virginal y la impresión espiritual de sus llagas en el corazón. Sí, cristianos; de un modo misterioso pero real, aunque para nosotros incomprensible, Jesús la acariciaba, hiriendo con dardos de amor, caldeados en el fuego de su Corazón, el corazón de su esposa, y luego, para satisfacer el ansia de padecer que abrasaba á la generosa Virgen, imprimíale en el seno los caracteres todos de su pasión santísima, haciéndola sentir el dolor de sus heridas. ¡Oh caricias verdaderamente inefables! ¡cómo nos revelan cuán deliciosa morada halló Jesús en el corazón de esta Virgen fidelísima!

12. ¿Qué haremos nosotros, carísimos hermanos, en presencia de semejantes portentos de la gracia del Señor? ¡Ah! no nos queda más que venerarlos en muda, pero entusiasta admiración, aspirar á merecer alguna parte, aunque mínima, de las mercedes que otorga Dios á los que le aman, y acogernos con plenísima confianza á la protección de la grande y poderosa Patrona que en hora feliz nos ha dado la amorosa Providencia. Pero ¿no deberemos también esforzarnos por imitar de algún modo sus eminentes virtudes? ¿Seríamos dignos de tan excelso patronato si no procurásemos disponer nuestro corazón con el arreo de la pureza, de la humildad y de la caridad, á ser digna morada de Jesús? Hagámoslo así, amados fieles, para que por nuestra fidelidad y la intercesión de la incomparable Virgen Santa Gertrudis, merezcamos algún día ser admitidos en las eternas mansiones de la gloria. Así sea.

De Santa Rosa de Lima, Patrona de América.

(Predicado en Bogotá, 1900.)

Santa Rosa, Esposa de Cristo.

Vulnerasti cor meum, soror mea, sponsa.
Cant. 4, 9.

I. Generosa y munífica como en ninguna otra parte se ostentó la mano del Criador en el vasto continente americano. ¡Qué riquísimos tesoros no depositó en su seno! Allí la plata en fabulosa abundancia, allí el oro en inagotables veneros, el platino y todos los más codiciados metales; allí las piedras preciosas, el rubí, el diamante, la esmeralda, robando las codiciosas miradas de los que aventuraron la vida por apoderarse de ellos. Y en el fértil suelo ¡qué variedad y hermosura de plantas y de flores! ¡qué gallardía de árboles gigantes, desafiadores de los siglos! ¡qué riqueza de producciones vegetales que trajeron en masa á los moradores del viejo continente, quienes en cambio vinieron á plantar en nuestro rico suelo el árbol majestuoso y benéfico de la cristiana civilización! Pero si tan pródigo se mostró el Señor con el nuevo mundo en el orden natural ¿por ventura lo fué menos en ese otro sobrenatural de la gracia? No por cierto, y por ello debemos los hijos de América tributar fervorosas acciones de gracias á la bondad del Todopoderoso. Porque es un hecho que apenas plantada y arraigada la fe de Jesucristo en la tierra americana, así en el norte como en el sur, viéronse brotar lozanos tallos de virtudes, que, creciendo y desarrollándose como las plantas en el suelo tropical, no tardaron en cubrirle de flores y frutos de la más heroica santidad. Rosa, la querida hija de Lima, bastaría para demostrarlo. Rosa, la primera flor de la América meridional, difundió desde la ciudad de los Reyes hasta los últimos confines del orbe católico la fragancia de sus

virtudes y asombró al mundo y regocijó á la Iglesia con los portentos de su santidad. ¡Oh! ¡qué reconocimiento debe á Dios el Perú y la América entera por el honor altísimo que les dispensó concediéndoles en Rosa una virgen admirable, no inferior á las más célebres doncellas que florecieron en Asia y Europa por la heroicidad de las virtudes ó el poder de los milagros! Á la verdad, bien podemos gloriarnos como justamente se glorían con sus Águedas, Catalinas, Teresas y Gertrudis, Italia, Egipto, España y Alemania. Pero «¡no, no á nosotros, Señor, sino sólo á tu nombre sea la gloria!»¹

2. Á nosotros, carísimos hermanos en nuestro Señor Jesucristo, nos corresponde sí, con justísima razón, glorificar al Señor en su amadísima esposa, la Virgen de Lima, y juntamente venerarla y honrarla, como á tan gran Patrona dada por la Providencia á toda la Iglesia americana. ¡Cuán justo y razonable no parece amar y festejar con magníficos cultos á una santa nacida y criada en nuestro mismo suelo! Y Colombia, la República cristiana, ligada con tan estrechos vínculos de sangre y de historia á la antigua monarquía de los Incas, ¿no se distinguirá por el fervor y la esplendidez de su culto á la amable Rosa de Santa María? ¡Oh! y ¡cómo quisiera yo, el menor de sus devotos, ver su culto propagado en todos los pueblos de Colombia y América, colocada su imagen en todos nuestros templos, mirada con especial afecto de devoción por las personas de su sexo y de su estado, imitada por todos, hombres y mujeres, sus virtudes! Consuélame algún tanto ver el día de hoy á las socias de la Congregación de Hijas de María, erigida en este templo de San Ignacio, de Bogotá, afanarse por honrar con solemne fiesta á su segunda Patrona, agruparse ante su altar y complacerse en escuchar su elogio para ver de edificarse y aprovechar en el divino

¹ Ps. 113, 1.

servicio con la consideración de sus ejemplos. Para cooperar á este objeto, me concretaré á proponeros á Santa Rosa de Lima como la verdadera esposa de Cristo, digna de que así la apellidara el Esposo de las almas castas, así por su virginal pureza, como por su encendido amor á Jesús, amor acrisolado en el fuego de la mortificación. Saludemos primero á María Inmaculada, de quien mereció Rosa de Santa María tan señalados favores. *Ave María.*

I.

3. Yo no desconozco, hermanos carísimos, el mérito de aquellas ilustres santas del cristianismo, que, llamadas primero por divina vocación al estado común del matrimonio y á la dignidad de madres cristianas, lo fueron más tarde al místico desposorio con Cristo y á una maternidad espiritual más elevada. La Iglesia, al ponerlas en los altares, las ha creído dignas de compartir los honores con las que no conocieron otro esposo que á Jesucristo y le consagraron su alma y cuerpo desde la misma infancia. Al lado de una Teresa de Jesús ha levantado la Iglesia un trono á la santa madre Juana Francisca de Chantal; y, cierto, no lo ha hecho sin el consejo del Espíritu Santo que preside á sus definiciones. Pero esto no impide en manera alguna que crea y conozca, como lo enseña el Apóstol, que la virginidad, profesada como estado, sea en sí más perfecta que la castidad conyugal, y que, por tanto, sea también la condición ordinaria de las esposas del Cordero inmaculado, de Aquel que se apacienta entre los lirios de una pureza sin mancilla¹. Las mismas santas matronas, elevadas á muy alta perfección, han envidiado la dicha de las vírgenes. María, la más santa de las criaturas, hubiera preferido, en sentir de los Doctores, la gloria de la virginidad á la dignidad de Madre de Dios, si con ésta

¹ Cant. 2, 16

hubiera sido aquella condición incompatible. ¡Oh! ¡qué bello, qué sublime es el estado de las vírgenes consagradas al Señor! Con razón la Iglesia, virgen también, las ama como las niñas de sus ojos. En verdad, éstas son por excelencia y como por propio derecho, las esposas de Jesucristo, porque con la pureza absoluta del corazón y de la carne se han hecho dignas de unirse tan estrechamente con el Santo de los santos. Él mismo ha escogido á la Iglesia por esposa, pero haciéndola para este fin inmaculada y exenta de toda arruga de culpa, como escribe el Apóstol¹. ¿Cómo no ha de querer el divino Amador la mayor hermosura en sus esposas? Y ¿no es la pureza perfecta, la de las vírgenes cristianas, el primer elemento de esa hermosura espiritual que debe lucir en las almas admitidas al tálamo del Rey de la gloria? Este desposorio divino produce como efecto propio y natural el acrecentamiento de esa pureza, que las bodas carnales, por muy honorables que sean, no pueden dejar de mancillar. Por eso decía aquella Virgen Santa Inés: «Amo á Cristo que con su amor me hace casta, con su contacto me purifica, y con su unión redobla mi virginidad.»² ¡Oh dignidad inefable de las vírgenes! ¡Oh! ¡si ellas mismas supiesen estimarla en lo que vale, como las vírgenes prudentes del Evangelio! ¡Cuántas criaturas de adorable inocencia, hermanas de los ángeles, no optarían por consagrarse enteramente á Dios, menospreciando las más seductoras proposiciones del mundo! Así lo comprendió con precoz discreción nuestra Rosa, que á la edad de sólo cinco años se desposa con Cristo haciendo voto de no aceptar otro esposo hasta la muerte.

4. En efecto, dotada la niña Rosa de singular hermosura de alma y cuerpo, amable carácter, fresco y sonrosado rostro, cabellos de oro, gracias todas que le merecían el

Eph. 5, 27.

² Ecclesia in offic.

nombre que llevaba, nada de esto la envanece ni deslumbra, todo lo quiere para su amado Jesús, á quien le ha entregado el corazón apenas ha podido conocerle, diciendo con la Esposa de los Cantares: «Mi amado es para mí y yo soy para él.»¹ Y ¡con cuánto placer ha aceptado Jesús esta total consagración! Y ¡cómo se le da todo á su vez, queriendo ser de Rosa! ¿No recordáis, amados oyentes, aquellas dulcísimas palabras que le dirige el buen Jesús: *Rosa cordis mei, tu mihi sponsa esto* — «Rosa de mi corazón, sé tú mi esposa»? Y no contento con tan singular favor, Jesús le da á su Madre, queriendo que se llame: Rosa de Santa María. ¿Podía la pura doncella anhelar mayor felicidad? ¿podía suspirar por las falaces delicias de la tierra? Así es que decía y afirmaba, como la otra virgen de la primitiva Iglesia: *Nullum præter eum amatorem admittam* — «¡Oh! yo no admitiré jamás otro amante fuera de Jesús.» Y bien lo experimentaron los muchos que pretendieron su mano. Entre ellos el hijo de una noble y rica viuda que la amaba locamente. Agradaba, como era natural, á la madre de Rosa tan ventajoso partido y de tanta conveniencia para su casa, y ya tenía muy adelantado el negocio sin contar con lo primero, que era la voluntad de su hija. ¿Cómo había de imaginarse que no abrazaría Rosa con los brazos abiertos la fortuna que se le entraba por las puertas de su casa? Á juzgar con el criterio de la prudencia humana ¿no era una locura despreciar tan envidiable enlace? ¡Ah! pero las almas escogidas juzgan de otra manera que el vulgo de las gentes. Rosa, al saber lo que trama su madre, se apresura á manifestarle que ella ha escogido ya á otro esposo, á Jesucristo, á quien no dejaría por otro hombre de la tierra, aunque fuera un monarca, pues no era justo dejar á Dios por el hombre y al Criador por la criatura. El razonamiento no

¹ Cant. 2, 16.

podía ser más lógico, pero no hay lógica para el corazón de las madres que quieren dar á sus hijas una buena colocación en el mundo. Aquí del enojo de sus padres y parientes, aquí de los malos tratamientos de obra y de palabra con que la abrumaron su madre y todos los de casa. Nada empero fué capaz de vencerla. Duró mucho tiempo la porfía porque tomase estado de matrimonio, y duraron también mucho las injurias y baldones, llamándola embustera, hipócrita, alumbrada, y padeciendo la piadosa niña este cruel martirio por amor á la virginidad y por guardar la fe jurada al celestial Esposo, hasta que vencida la madre hubo de desistir de su intento.

5. Lo que más halagaba al Dios de la pureza era la inocencia del corazón de Rosa, verdadera rosa sin espinas de culpa. ¡Oh alma inocentísima! Sus confesores se hallaban atajados sin saber de qué absolverla en el santo tribunal de la penitencia por más que recurriese á la vida pasada, pues como Santa Catalina de Sena, su modelo, no llegó á mancillar la inocencia bautismal. Hermana terciaria de Santo Domingo, se entregaba á los ejercicios de la llamada expresamente «Tercera orden de penitencia», como si fuera una gran pecadora convertida y como tal lloraba amargamente sus levísimos defectos, que no culpas. El temor del pecado, tanto más intenso cuanto más pura es la conciencia, la hacía repetir aun en sueños: «Jesús sea conmigo, Jesús sea bendito. Amén.» Temía extraordinariamente la vanagloria, á causa de la estimación del mundo que le merecían sus virtudes, que no podían dejar de ser vistas á pesar del empeño que ponía en ocultarlas. Una alma obediente cantará victorias¹, y la obediencia de Rosa á sus padres y á todos sus superiores fué perfectísima. ¡Qué difícil es no faltar ni en un ápice á esta virtud, especialmente en la vida doméstica! ¡Cuánta abnegación,

¹ Prov. 21, 28.

cuántas victorias del amor propio y de la propia voluntad no supone una vida de familia santificada por la continua obediencia! Rosa obedecía con aquella santa simplicidad y ceguedad discreta con que saben obedecer los varones de Dios, dejando no raras veces espantada á su misma madre. Eso no la impedía, sin embargo, oponer razones y súplicas á órdenes evidentemente perjudiciales á su espíritu, como la de que usase adornos postizos, de que aderezase su persona á la usanza de las demás jóvenes de su clase, de que dejase sus ayunos por la mesa común, frecuentase inútiles visitas y otros mandatos semejantes. Oponiéndose nuestra humilde Virgen á tales prescripciones, hacía que su madre obedeciese á la voluntad del Señor que había escogido á Rosa para sí, segregándola de la compañía de los pecadores. La discreción espiritual no se opone á la simplicidad columbina del verdadero obediente.

6. ¿Puede un alma conservar la tersura del traje nupcial en el trato del mundo, donde tanto abundan las ocasiones de empañarlo y aun de mancharlo con la culpa? Por eso las almas puras é inocentes, como solitarias tórtolas, se recatan cuanto pueden del trato social, absteniéndose de la humana conversación todo cuanto les permite la caridad y la necesidad. Pero el amor de la soledad y el retiro es característico en las almas llamadas á la contemplación de las cosas celestiales. Extraordinaria fué en esto la imitadora de Santa Catalina de Sena, nuestra Virgen de Lima. Era todavía muy niña y ya se recogía á orar en algún lugar, aunque estuviera oscuro y sucio, mientras sus compañeritas se entregaban al juego; y á quien la convidaba á divertirse con las otras niñas, respondía con una discreción superior á sus años: «Déjame estar aquí á solas con mi Dios, porque yo sé que está conmigo, y no sé si gustará Él de estar donde están jugando.» ¿No es verdad, hermanos míos, que sentimientos tan altos no podía sugerírselos sino el Espíritu de Dios que la llevaba á la soledad

para hablarle al corazón?¹ Á la soledad la llevó, en efecto, no la del claustro sino la de una celdilla que se hizo construir en la huerta de su casa. Aquí dilataba su espíritu cuanto se estrechaba su cuerpo: aquí, en una celdilla de cinco pies de largo por cuatro de ancho, estaba Rosa como en su cielo porque aquí gustaba las caricias de su Amado. «Padre», decía con donaire al confesor, «aunque parece estrecha la celda, muy bien cabemos en ella mi Esposo y yo.» ¿Qué necesitaba ver fuera de ella en las calles y paseos de la gran ciudad de los Reyes? «Harto mejor me fuera á mí cegar», decía, «que tener ojos para ver tantas vanidades como hay en el mundo.» Mas no creáis que de tal manera se daba á la oración solitaria, que no soportase también, por dar gusto á su Dios, las rudas faenas del trabajo material. Decaída su familia de la antigua opulencia, Rosa se consideraba en el deber de trabajar en las labores propias de su sexo diez horas al día y tal vez hasta la media noche, por socorrer y sustentar á sus padres, á pesar de hallarse enferma y casi imposibilitada para el trabajo. Pero ¡oh modelo de piedad filial! «Yo no puedo», decía, «faltar al socorro de mis padres en sus necesidades sin grave escrúpulo de conciencia, aunque me esté muriendo.» Mas ¿de qué sacrificios no es capaz un alma esforzada por la caridad de Dios? Hemos visto cómo mereció nuestra Virgen ser admitida en el tálamo del divino Esposo por la pureza de su corazón: veamos ahora el amor ardentísimo que tuvo á Jesús la esposa immaculada de Cristo.

II.

7. Aquí se ensancha, hermanos carísimos, prodigiosamente el horizonte de nuestro asunto, pues nos hallamos en el verdadero terreno en que se desarrolló la admirable

¹ Os. 2, 14.

santidad de nuestra compatriota. Habremos de contentarnos con presentar á vuestra admiración alguno que otro rasgo de los muchos que han logrado recoger sus biógrafos. ¡Cómo ardía el corazón de aquella que necesitaba desahogar la vehemencia de su afecto por medio de amorosos requiebros y saetas encendidas que lanzaba al cielo! «Señor», solía exclamar; «¿quién hay que no te ame? Mas, ¿cuándo empezaré yo á amarte como debo? ¿para qué es mi corazón, Dios mío, si no se deshace en cenizas en el fuego de tu amor?» No sabía hablar sino de Dios: todo su afán era persuadir su amor, convidando á todos á amarle, aun á las criaturas insensibles. «¡Cielos, ángeles, hombres, brutos, plantas y elementos», decía, «amemos todos á Dios! ¡Amor á Dios, amor á Dios!» No satisfecha con estos desahogos de su corazón inflamado, escribió algunos versos amorosos á su Esposo, los cuales cantaba dulcemente, acompañando ella misma el canto con la vihuela, que tocaba sin haber aprendido el arte de la música. Y las avecillas ¿acaso no cantaban también con ella correspondiendo á quien las invitaba á alabar á su Criador? ¡Oh! y ¡cómo traspasaba su corazón un cuchillo de dolor al ver las ofensas que hacían á su Dios los pecadores! Como á quien le tocaba de derecho, como á Teresa de Jesús, mirar por la honra de su Esposo, lloraba y se afigía por las culpas de los hombres, y procuraba estorbarlas en la manera que podía. Ella, que no sabía llorar, ni aun siendo tierna niña, por los más crueles dolores, decía una vez á su madre que lloraba: «¿Qué hacéis, madre? ¿no sabéis que las lágrimas sólo se han de derramar para lavar culpas, y eso por amor de Dios?» Deseaba ardientemente que se predicase el Evangelio á los infieles y la penitencia á los pecadores, porque el celo de la gloria de Dios abrasaba su corazón. «Vaya, Padre mío», decía á un misionero, «vaya á convertir á esos infieles, y mire que el mayor servicio que pueden los hombres hacer á Dios es convertirle las almas, y ésta es obra